

CÁDIZ DE AQUÍ Y DE ALLÁ: UNA MIRADA ORIENTAL A LA CIUDAD

Rosa-Isabel MARTÍNEZ LILLO
Universidad Autónoma de Madrid

BIBLID [1133-8571] 5 (1997) 119-126

Resumen: A partir de la obra de tres autores machriquíes (Husayn Mu'nis, Nādiya Zāfir Ša'bān y Muḥammad Tābit), estudiamos la "mirada oriental" a la ciudad de Cádiz. Ciudad en la que habitara, desde hacía unos años, el querido y desaparecido Prof. Braulio Justel.

Palabras clave: Cádiz. Literatura árabe moderna.

Abstract: Through the work of three arab writers from the Machriq (Husayn Mu'nis, Nādiya Zāfir Sha'bān and Muḥammad Thābit) we make a study about the "oriental look" to this town, Cadiz. The town where lived, some years ago, our deceased and remembered Prof. Braulio Justel.

Key words: Cadiz. Modern Arabic literature.

A Braulio

Cádiz, ciudad transparente. Cádiz, ciudad tranquila. Cádiz, ciudad transigente... Cádiz, ciudad de estos tres calificativos con el mismo origen... Ciudad pequeña, con un gran corazón y, de tal modo, muy parecida a Braulio, el querido compañero desaparecido que la habitara durante tiempo.

Acaso él encontrara en esta ciudad su medio idóneo... Acaso se estableciera cierto tipo de simbiosis entre ambos (hombre-ciudad) llegándose a intercambiar modos de vivir, sentir, percibir... Lo ignoramos. Lo cierto es que al ver esta sureña ciudad de la Península, cuyos oriundos reciben el bello calificativo de gaditanos (¡nada más y nada menos, gaditanos!), al ver esta ciudad, decíamos,

al olerla, al sentirla, comprendimos muy bien por qué Braulio la eligió, entre otras razones, como hogar.

Sí, Cádiz se nos presentó transparente, transparente cual el onomatopéyico calificativo árabe de “*šaffāfa*” (y quizá algo también de “*ballūriyya*”); tranquila, cuando este adjetivo se denomina “*hādi’a*”, con todas sus connotaciones de “sopor” (un cierto estado soporífero que nos transporta, en ocasiones, a un mundo de ámbito divino o celestial); y transigente, tolerante, portadora de esa cualidad de “*samḥ*” de la que tanto carecemos hoy en día los humanos. Tres calificativos con el mismo origen que también podríamos aplicar, ¿no es así?, a Braulio.

Sí, cualidades de la ciudad y de la persona. Cualidades que se pueden desarrollar y percibir en el ámbito humano... Mas Cádiz no se nos antoja carente de una dimensión que va un tanto más allá, una dimensión que no aflora quizá directamente, sino que se va sintiendo, poco a poco, puede ser que en la distancia, en el recuerdo. Una dimensión un tanto solapada, palpitante, latente. En último caso, una dimensión enigmática, cuando el enigma recibe el misterioso y sugerente calificativo árabe de “*lugz*”.

Braulio también sonreía transparente, tranquila y transigentemente... Pero, del mismo modo que la ciudad que le daba cobijo, tampoco carecía de lugares, sentimientos o razones internas, un tanto enigmáticas, que tan sólo él conocía.

0. Introducción

En el presente artículo trataremos de aportar algo de luz sobre esos posibles enigmas o lugares recónditos a través de lo escrito sobre Cádiz, en ella y/o desde y para ella, de mano de ciertos autores árabes. Autores que, como la libanesa Nādiya Zāfir Ša’bān⁽¹⁾, “vuelan” hacia dicha ciudad (en un vuelo en el que lo imaginario y personal guarda una dimensión esencial); o bien, como el egipcio Muḥammad Tābit, “navegan” hacia ella (en una *riḥla*, de unas coordenadas acaso más reales u objetivas, en la que su autor, *raḥḥāla*, se torna, precisamente, “viajero” y también “explorador”, como indica el término árabe); o bien, en fin, como el también egipcio Ḥusayn Mu’nis, en cuya obra hay una especie de “bifurcación” de ambas vertientes, de ambos senderos.

(1) Anunciamos ya aquí que nuestro estudio girará esencialmente alrededor de la obra de tal autora, debido, ante todo, a la importancia y extensión que se le otorga, en la misma, a la ciudad gaditana.

Comencemos, como umbral a nuestro viaje, con el periplo andalusí del susodicho escritor egipcio, cuyas breves palabras enmarcaremos en una sucinta introducción histórica.

1. Al principio... fue Cádiz

Según la historia, la fundación de la ciudad de Cádiz es una de las más antiguas en Occidente. De modo que, inmediata y acaso inconscientemente, vemos escrito en nuestra mente, a modo de caligrafía, el condensado verso de Qabbānī: *Fī l-bud'i kunti anti... tumma kānati l-nisā'*⁽²⁾ ("Al principio fuiste tú... después, las mujeres"). Si bien, en nuestro caso en particular, rezaría: *Fī l-bud'i kānat Qādīš... tumma kānati l-mudun* ("Al principio fue Cádiz... después, las ciudades"). Cádiz de los orígenes...

Orígenes de un territorio en que, según la leyenda, se levantó un templo al dios fenicio Melkart (o Melqart), el rey de la ciudad; dios que también posee, entre otras, la denominación de *Ba'al Shamen* ("Señor de los cielos").

Y no en vano, pensamos, esto fue así. La historia y la leyenda no son caprichosas; se mueven cual velas, sí, a merced de los vientos que corren, mas su fuerza siempre posee una causa interna y última.

Y es que Cádiz, desde que apareció a nuestros ojos, se forjó como binomio "Mar-Cielo", en comparación con otras ciudades, por ejemplo Valencia, que se nos antoja como conjunción "Mar-Tierra"⁽³⁾. Mar y Cielo que no se quedaron anclados en la posible historia, sino que continúan a lo largo de la misma hasta llegar a la época actual. Así, nuestro primer autor, el egipcio Husayn Mu'nis, también percibió la dicotomía, digamos, o compenetración gaditana de lo marino y lo celestial, o aéreo, pues nos confiesa en su viaje por Al-Andalus:

«... Y comencemos por Cádiz: ciudad hechicera (*sāhira*) que se alza en un extremo de un angosto brazo de tierra a lo largo de doce kilómetros que vas atravesando con el mar a tu izquierda y a tu derecha, como si fueras en un navío, no por un camino... Incluso si llegas al centro de la ciudad, encuentras una perla blanca brillando entre el azul del mar y el azul del cielo...»⁽⁴⁾.

(2) En el delicioso libro del citado autor titulado: *Hākadā aktu bu ta'rij al-nisā'*.

(3) Recordemos, en cuanto a dicha "complementaridad" Mar-Tierra, la concepción de F. Braudel respecto al Mediterráneo cuando nos dice que este mar se entiende en lo que tiene de complementario con lo terrestre.

(4) HUSAYN MU'NIS. *Rihlat al-Andalus* ("Viaje por España"). El Cairo: Sociedad Árabe de Publicaciones, 1964, pág. 247.

Sirvan estas pinceladas, reflexiones, sensaciones... como prolegómeno al trabajo, como umbral a la Ciudad. Pasemos, ahora y aquí, a recorrerla.

2. Por sendas celestiales

«Amigo. No fijemos una cita. Me dan pavor las citas al calor de agosto. La vida es muy breve... como para fijar una cita al infernal calor de agosto».

Con estas tiernas palabras, y no por ello carentes de realismo, comienza la escritora libanesa Nādiya Zāfir Ša'bān sus *Rasā'il Qādiš* ("Cartas de Cádiz")⁽⁵⁾. Así, ya desde un momento incipiente, la autora nos proporciona las tres pautas, el tríptico sobre el que versarán sus cartas: los tres puntos de mira, de referencia o de actuación, que no serán sino tres puntos de un mismo triángulo. Tres realidades de una misma unión: YO-TÚ-ELLO.

YO, que no es otro que el propio y genuino sentimiento de Nadia⁽⁶⁾. Su corazón abierto de par en par: sus virtudes y sus defectos, si los tuviere. Un "yo" en el que caminan a la par la niña, la adolescente, la joven, la mujer más madura y todos los recuerdos familiares.

TÚ, como amalgama o "recibimiento" (*istiqbāl*) de diversos "tús": el amigo, el compañero, el hombre, la ciudad... Cádiz, en último caso. Una Cádiz, mejor aún, un Cádiz-hombre con el que la mujer entabla una singular y, acaso para muchos lectores, seductora relación.

ELLO, dado por la simbología de la cita: las reflexiones en torno al lugar y al espacio y la infinitud de, llamémosles, sentimientos, sensaciones y hasta comportamientos humanos.

Tras este preámbulo, en que observamos cómo, precisamente, parten los tres elementos aludidos de un mismo origen, vayamos adentrándonos en cada uno de ellos, guiados de la cálida mano de Nadia.

(5) Beirut: Manšūrāt 'Awīdāt, 1974, pág. 83. El epistolario se encuentra dividido en, lo que podríamos considerar, cinco apartados (además de la Dedicatoria y la Introducción), a saber: "Al-Rasā'il al-ulā" ("Primeras cartas"), "Rasā'il 'an abī" ("Cartas sobre mi padre"), "Rasā'il Qādiš" ("Cartas de Cádiz"), "Rasā'il Madriid" ("Cartas de Madrid") y "Al-Rasā'il al-aǰīra" ("Últimas cartas"). La cita se inscribe precisamente en la serie de las cartas de la ciudad andaluza.

(6) Transcribimos en adelante su nombre así, Nadia, al occidentalizarlo.

YO: «Llegué tarde... Cuando el barco era un punto negro en la inmensidad de la mar...»⁽⁷⁾.

La mujer corre a despedir a su compañero, mas el barco ya ha partido y él, quizá, nunca sabrá que ella acudió a la cita.

Tal sentimiento de retraso, de que el tiempo marcha a un paso más ligero que el humano, de que el momento se nos va de las manos... Tal sentimiento, decíamos, es el que impregna las cartas en las que se incluyen las gaditanas.

Acaso porque, inconscientemente, la autora tema encontrarse de frente con la realidad, acaso porque, de hecho, sienta la realidad temporal como algo que la supera, que la traspasa. Lo cierto es que ella se hace eco de tal hecho, de modo que, incluso, llega a declarar:

«... Este es mi destino: llegar siempre tarde a los puertos de los seres queridos»⁽⁸⁾.

Dicho destino, que asimismo está íntimamente ligado a la más “genuina” tradición poética árabe desde que Imru’ l-Qays cantara su famoso *Qifā nabkī*⁽⁹⁾, nos revela, como decíamos, el tipo de relación establecida entre la persona y la realidad temporal, su realidad temporal. El recuerdo, en este sentido, de los tiempos pasados, de la niñez, se convertirá, precisamente, en punto principal de toda la obra.

Recuerdo de una niñez de pesares y amarguras: “Mi infancia fue triste. Siempre estaba sola...”⁽¹⁰⁾. Recuerdo que aflora, seguramente, espabilado por la cuita de haber perdido al padre. Recuerdo que, por otra parte e íntimamente ligado con lo anterior, también es reflejo de la dura realidad de su ciudad natal: Beirut. Beirut que, en muchas ocasiones, no se presenta sino como sinónimo de la ciudad andaluza: “Ayer el cielo de Beirut estaba claro, como el mar de tu ciudad”⁽¹¹⁾, nos dice Nadia en una carta titulada, significativamente, *Marāsi-k waṭanī*, lo que podríamos traducir como “Tus puertos son mi patria”.

¿Cómo va a vivir aquel “yo” con el “tú”? ¿Cómo van a conocerse ambos? ¿Es cierto que la autora va a llegar siempre tarde a la cita y todo va a quedar

(7) *Op. cit.*, pág. 12.

(8) *Op. cit.*, pág. 90.

(9) Nos referimos al comienzo de su conocida *Mu'allaga*: “Deteneos, lloremos...”.

(10) *Op. cit.*, pág. 107.

(11) *Op. cit.*, pág. 94.

en un “allí” y un “entonces” como punto final o, por el contrario, aparecerá un tipo de vínculo que vaya más allá de las fronteras espacio-temporales?

TÚ: Muy diversos y variados son los tipos de relaciones que vinculan al hombre, al género humano, con la ciudad, con la realidad espacial en la que vive, en la que sobrevive o donde, en algunos casos, no hace sino morir aun estando aparentemente vivo.

También en la literatura árabe encontramos numerosos y sugerentes ejemplos: al-Sayyāb no hacía sino recordar su sentimiento de *gurba* cuando se encontraba en El Golfo, Dunqul se proclamaba enamorado de Alejandría, ‘Abd al-Šabūr se veía sacudido de emoción a su vuelta a El Cairo, Darwīš reconocía que volvería a elegir la rosa de Córdoba si tuviera que volver al principio... Ejemplos que reflejan lo variopinto de los sentimientos de las personas para con el espacio.

El tipo de unión que aparecerá en las cartas de Nadia será, a nuestro parecer, lo que podríamos denominar más inmediatamente palpable o conceptualmente más aplicable a situaciones más generales o comunes como son, en definitiva y a modo de ejemplo, la esperanza y la paz.

En este sentido, baste traer a colación un par de títulos de sus cartas: *Dāfa’ mātār al-ṣayf fī marāṣī-k*⁽¹²⁾ (“La lluvia del verano se templa en tus puertos”) y *Qādīš, yā marsà l-salām*⁽¹³⁾ (“¡Oh, Cádiz, puerto de la paz!”); o simplemente una frase llena de significado y acaso amargo optimismo: *Al-amal yabtāsīm fī-’utma ‘aynay-ki*⁽¹⁴⁾ (“La esperanza sonríe en la penumbra de tus ojos”).

Sentimientos de doble filo, tristemente felices o felizmente amargos, reflejo, a su vez, de la realidad pasada de la autora: *Anīa al-ab wa-l-ahl, wa-l-ṣadīq...*⁽¹⁵⁾ (“Eres el padre, la familia, el amigo”, o, lo que es lo mismo, “Eres mi padre, mi familia, mi amigo”).

“Tú”, a fin de cuentas, como hombre, compañero, amigo, lo otro, el pasado... Todo aquello que no soy “yo”. Todo aquello que, aun queriéndolo o no, me complementa.

Y, llegados a estas alturas, es pertinente preguntarse: ¿Cómo quedará sellado este complemento? ¿Cómo va a ser el vínculo entre el “yo” y el “tú”?

(12) *Op. cit.*, pág. 83.

(13) *Op. cit.*, pág. 98.

(14) *Op. cit.*, pág. 106.

(15) *Op. cit.*, pág. 97.

ELLO: Agosto, como ámbito espacio-temporal, será el escenario último de tal relación. Agosto, con sus calores, sus humedades de lluvias veraniegas, refrescantes, a veces, e incómodas, otras. Agosto, también, como eje o casi mitad de un año, de un ciclo vital.

Un agosto aderezado por entes o agentes externos que vinculan y desvinculan: *Al-ṣawt, al-maḡhūl, al-ba'īd, al-ṣamt, al-farāg, al-daḡyar...* ("La voz, lo ignoto, lo lejano, el silencio, el vacío, el hastío...").

Marco de un sentimiento que sigue un camino: *Tarīq bi-lā nihāya*⁽¹⁶⁾ ("Un camino sin fin").

Camino que se proclamará, en definitiva, como vínculo eterno, con un pasado, sí, mas carente de fin. Un camino que también marcha por las vías celestiales del recuerdo y del futuro. Por las vías del cielo, del que era partícipe la bella y hechicera ciudad andaluza: Cádiz.

Un camino, un vínculo que nada ni nadie podrá borrar ni obstruir. Y es que la propia Nadia, ¿consciente o no?, se hace eco de ello con la frase, la declaración, con que culminan sus cartas: *Wa-lā tansà an-ni dā'im^{an} ma'a-k*⁽¹⁷⁾ ("Y no olvides que estaré siempre contigo").

3. Por sendas marinas

Como indicábamos al principio, también se encuentran otros móviles, tal vez más "objetivos", que incitan al viajero a detenerse en la ciudad andaluza y que pretenden darla a conocer de una manera, asimismo acaso, más "objetiva"⁽¹⁸⁾.

Así, por ejemplo, el citado Muhammad Tābit, egipcio que, en 1934, comienza su *rihla* en Alejandría con el propósito de recorrer varios parajes: ciudades del Magreb, del África Negra, de Europa, Asia, América...

De nuestra ciudad andaluza, en la que al viajero le acontecen algunas "nefastas experiencias de tipo económico", dirá:

(16) *Op. cit.*, pág. 102.

(17) *Op. cit.*, pág. 109.

(18) Remitimos, a modo de ejemplo, a los excelentes trabajos de: CARMEN RUIZ BRAVO-VILLASANTE. *Un testigo árabe del siglo XX: Amin al-Rihani en Marruecos y España (1939)*. Vols. I y II. Madrid: Ed. CantArabia-Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales de la U.A.M., Proyecto Mahýar/al-Andalus, 1993, y NIEVES PARADELA ALONSO. *El otro laberinto español: Viajeros árabes a España entre el siglo XVII y 1936*. Madrid: U.A.M., 1994.

«Cádiz es una de las ciudades más antiguas del mundo. Fue construida por los fenicios en el año 1.100 antes de Cristo y, a pesar de eso, es de las localidades más limpias que hay./.../ Las calles son estrechas, pero están todas empedradas y con buen firme./.../ Hay muchos paseos pavimentados con piedras de colores, y sus fuentes han sido adornadas con piezas de cerámica»⁽¹⁹⁾.

Limpieza, pulcritud seguramente no sólo externa, pues la luz interior de Cádiz aflora por doquier.

Descripción, en fin, de la ciudad, en la que el autor destaca, personalmente, el monumento dedicado a la Constitución:

«Me gustó mucho el monumento dedicado a la Constitución de 1812, a la que transporta un grupo de hombres y mujeres, y que está rodeada de gentes, a pie y a caballo, que la vitorean y protegen»⁽²⁰⁾.

Perspectiva, digamos más “externa”, de un hombre que se acerca al lugar por sendas marinas en su calidad de *rahhāla*.

4. ¿Aquende o allende?

Y, para terminar nuestro periplo, permítasenos unas reflexiones. Reflexiones venidas de las lecturas aludidas y experiencias personales.

Caminábamos por el centro de la ciudad: sol, olor a Andalucía y el alma empapada de textos árabes... Marchábamos bajo la luz del primer crepúsculo y leímos el letrero de una calle: “Buenos Aires”. ¿Aquí o allí?, ¿aquende o allende?... Lo ignorábamos... Tan sólo salió de nuestros labios una melodía: “Mi Buenos Aires querido, cuándo te volveré a ver...”.

Cádiz, bifurcación de caminos. Cádiz, Mediterráneo y Atlántico. El Cádiz de aquí y de allí, de aquende y de allende. Aquel Cádiz que, seguramente, cautivara a Braulio.

(19) En la citada obra de la Profa. Paradela Alonso, pág. 235.

(20) *Op. cit.*, pág. 235.